

Francisco Solano
LO QUE ESCUCHA LA LLUVIA

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: abril de 2015
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez
MAQUETACIÓN: Natalia Moreno

© Francisco Solano, 2015
© de esta edición, Editorial Periférica, 2015
Apartado de Correos 293. Cáceres 10001
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-16291-13-7
DEPÓSITO LEGAL: CC-95-2014
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA — PRINTED IN SPAIN

El editor autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

*Estoy seguro de mentir,
pero no sé en qué lugar de mi discurso.*

GIORGIO MANGANELLI

A usted también le habrá pasado. Es una tontería de juego, un pasatiempo. Se juega, sobre todo, en la adolescencia. Yo sólo lo jugué en la adolescencia. Todos hemos asistido a reuniones aburridas. Nadie va por gusto a una reunión aburrida; el aburrimiento es algo que sucede. Sucede así: nos conocemos todos, hasta el hartazgo; las chicas, como siempre, ya se han ido; no quedan bebidas, hay mucho silencio, y se fuma porque el silencio y el humo nos hacen reflexivos y melancólicos. Nadie quiere volver a casa. ¿Para qué? Con algo habrá que llenar el tiempo. Un modo cualquiera, no el menos absurdo, es formar un círculo y pedir a cada uno de los participantes que defina con una palabra a los demás. El trance parece inocente, aunque tiene su veneno. Yo recuerdo que, para no ofender a nadie, elegía palabras de índole más bien poética.

Por ejemplo, para un amigo muy gordo (su nombre era Jorge) escogí la palabra cósmico, y para Ricardo, que tenía la cara arrasada de acné, mimosas. Quería decir las flores, claro, pero no me dio tiempo a reaccionar. Quiso pegarme. Entre todos lo sujetaron. Ofendido en su virilidad (aunque éramos casi unos niños), jamás volvió a dirigirme la palabra. Lo parece, pero no estoy contando recuerdos importantes. De hecho, ni siquiera me acordaba de ese juego hasta ahora, al empezar a escribir. Porque iba a presentarme con una sola palabra, tenía la frase preparada: «Si tuviera que definirme con una sola palabra escogería *improbable*. Me gusta, no hace demasiado ruido, se paladea bien y deja en la boca un sabor espectral que conviene a mi condición». La escribí, tal como la ve, en un paseo, y la he retenido sin modificar. Al verla escrita, lo reconozco, me gusta menos. En la memoria las frases tienen una vida mejor. Quería empezar así, con una declaración, para que no hubiera dudas. Concebí esa frase como una tarjeta de visita. Nos acabamos de conocer, y es de personas educadas, al presentarse, decir el nombre y la ocupación. Sin embargo, me va a permitir que no diga mi nombre. Es un nombre común, no demasiado vulgar, y alguien podría pensar que es inventado. Con respecto a la ocupación, la cosa es más sencilla: soy encuadernador. O eso digo cuando

me preguntan a qué me dedico. Aunque no es toda la verdad: hace mucho que no encuaderno un libro. De vez en cuando, sin embargo, voy al local, que sigue abierto al público, pero sólo para cerciorarme de que, en otro tiempo, tuve un pasado artesanal, que también yo enhebré mi aguja en el tejido del mundo, como usted, que está tumbado en el sofá, con mis frases en las pupilas. El local está abierto al público, pero ya no es un taller de encuadernación: es una tintorería, lavado y secado, cuero, ante y napa. La prensa, el telar, las pieles, las chiflas, las plegadoras de hueso y madera, junto con restos de cuerdas, tarlatanas, botes de cola y las cubetas para preparar guardas, todo eso está almacenado en un cuarto, detrás de una enorme máquina de lavado en seco.

¿De qué vivo? No es difícil adivinarlo. Vivo del taller de encuadernación, que ahora es una tintorería. Un padre viudo y su hija regentan y administran, con buen criterio, el negocio, y a la vez son los únicos operarios. Un negocio modesto, gracias al cual ellos viven independientes y austeros, y yo puedo permitirme igual austeridad e independencia mediante un alquiler que nadie considera injusto. Al contrario, estoy al tanto del mercado y sé que podría pedirles más. Pero a mí me basta con poco, o mejor, he logrado no necesitar más de lo necesario. Esta última frase tengo que

cambiarla, pues se podría pensar que mi vocabulario es pobre. Lo haré después; o no, mejor dejo la frase así, pues no quiero desaprovechar la oportunidad para enlazar con la palabra improbable, que ha quedado resonando allá arriba.

Nadie, si atendemos a los estímulos de la felicidad, quiere fracasar, ni tiene vocación de improbable. Es cierto que la derrota y el mal fascinan y aturden, y muchos hombres han muerto con dignidad a la sombra del paraíso imposible. Pero no tenían vocación. Recibían una herencia histórica ya dilapidada y todo su esfuerzo se perdía en la dirección del error. De haber tenido éxito, ahora serían héroes con estatua en las plazas públicas. El fracaso, si bien se mira, es como una semilla que arrastra el viento; no es preciso sembrarla, y si cae en tierra fértil crecerá como la hierba. Por el bien de todos, yo aún confío en el sol, que el fuego la agoste a tiempo, antes de que fructifique. Pero me desvió; una debilidad a la que tendrá que acostumbrarse: los meandros, las disquisiciones, las digresiones —lo admito— me conmueven; las palabras, por proximidad, se contagian unas a otras, y me llenan de una intensa emoción de libertad. Decía que nadie tiene vocación de improbable. Insisto, mire a su alrededor, consulte su memoria, hojee páginas deslumbrantes, indague en actas de defunción, observe (si se atreve)

la cara de los muertos, y pregunte a los filósofos, a los mendigos o a la policía. No se ve por ningún sitio la vocación de improbable, y si alguien supiera algo, ahora mismo me callo y cierro este informe. He llegado hasta aquí, estoy en el centro de mi confusión: ¿para qué escribir, si los lectores no están a favor de mis presupuestos vitales? Pero nadie contesta.